





GOBIERNO

LOS VESTIGIOS DE CONSTRUCCIONES URBANAS y rústicas que acusan una numerosa población, la notable expansión agrícola fomentada por trabajos de irrigación y los restos de monumentales obras arquitectónicas y de verdaderas redes viales constituyen prueba fehaciente de los excelentes métodos de gobierno que organizaron la vida mochica. Todo ello fue obra que sólo se hizo efectiva de conformidad con planes que exigieron en su ejecución muchos años de laborioso y constante esfuerzo, que, además de revelar el provechoso fruto de un cuidadoso estudio de los problemas políticos por los hombres más capaces, pone en claro el profundo sentido del estadista mochica, que no cuidó únicamente de proporcionar a su pueblo bienestar material y asegurar la satisfacción de sus principales necesidades, sino que lo encauzó hacia su engrandecimiento cultural, promoviendo el desarrollo uniforme de las ciencias –entonces embrionarias–, las artes y las industrias, en tal grado de adelanto comparativamente con las otras regiones suramericanas, que no fue separado por los agregados sociales que sucedieron a los mochicas.

El acueducto de Ascope, el canal de La Cumbre, la Huaca del Sol y otras importantes huellas de la cultura fenecida que estudiamos no pueden haber sido sino

fruto de la labor de un gobierno integrado por hombres preparados en su ramo, a la vez que animosamente dispuestos, que lo engrandecieron y que, desafiando al tiempo, se ofrecen a nuestros ojos para suscitar admiración. Infinidad de ideas despiertan en nosotros la contemplación de estas obras acerca de la organización política que pudo hacerlas viables. Es evidente que sus métodos de gobierno fueron de un marcado sentido socialista, como acaeció en todas las colectividades agrarias del Perú antiguo y del Nuevo Mundo. Los documentos que tenemos a la vista prueban la presencia de un gobierno dinástico, teocrático, omnipotente, orientado por normas severas, dentro de las cuales alcanzaba premio todo mérito y acción generosa, y castigo ejemplar toda falta. Tal cauce fue el más seguro camino de engrandecimiento de los mochicas. Su mismo arte, que llegó a elevado grado de perfección, denuncia la presencia de una mano fuerte que lo impulsó y le hizo escalar los más altos peldaños.

La falta de pruebas precisas nos veda, por ahora, entrar en el conocimiento íntimo de la organización gubernativa mochica; ignoramos cómo se distribuía la administración. Sin embargo, con el auxilio de la cerámica obtenida en las necrópolis, hemos podido aclarar algunos de los puntos que trataremos enseguida.

Estudiando detenidamente los llamados huacos retratos y las pictografías en todas las colecciones particulares de esta región y las existentes en el Museo Rafael Larco Herrera, hemos podido comprobar lo

Fig. No. 197.- "Cie-quiech" o Gran Señor, la autoridad política suprema mochica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (047-004-003)

siguiente: primero, la existencia del “Cie-quich” o Gran Señor (Fig. No. 197) y los infantes herederos; segundo, la existencia de “Alaec” o caciques (Figs. Nos. 198 y siguientes), representantes inmediatos del “Cie-quich”; y tercero, en qué consistían las actividades desplegadas por estos señores, sus usos, sus costumbres, sus ceremonias, entre otras cosas. En efecto, desde el principio nos llamó grandemente la atención saber por qué varios rostros se encontraban repetidos profusamente dentro de un solo sector o en la totalidad del territorio mochica. Así, por ejemplo: el primer rostro de la figura No. 201 fue hallado en la hacienda Garrapón, en el valle de Chicama; el segundo, en el valle de Virú, y el tercero, en el de Santa. Como se ve, todos no se refieren sino a un solo rostro, perteneciente a una persona regiamente ataviada, la misma que lleva todas las trazas de ser un gran señor o jefe.

En la figura No. 202 aparece otra serie de huacos retratos que también constituyen expresión fisonómica de un solo sujeto. El primero fue hallado en el valle de Chicama y el segundo en Santo Domingo, en el valle de Santa Catalina. No obstante las distancias que median entre los lugares citados, en nada ha variado el rostro del jefe que ha querido representarse, salvo ligeras alteraciones en los atavíos de la cabeza. Tenemos otro ejemplo más en la figura No. 203. Las tres caras que aparecen en ella se refieren, asimismo, a un solo individuo: la primera cantarilla fue hallada en la Huaca del Sol, en el valle de Santa Catalina; la segunda, en las pampas de Jagüey, en el valle de Chicama; y, finalmente, la tercera, en Santa Elena, en el valle de Virú. ¿A qué razón se debe esta repetición de rostros hallados en lugares diferentes, ya sea en la comprensión de un valle o de otros? ¿Qué revela tal hecho? Para nosotros, sencillamente es la representación de los jefes, de aquellos seres superiores cuya voluntad se extendía sobre todo el territorio mochica o en determinado sector. La propagación de sus rostros obedecía al sentimiento político religioso del pueblo; pues así como en la actualidad está en boga difundir los retratos de los gobernantes en sus respectivas naciones, de la misma manera, entre los mochicas se acostumbró repartir el busto escultórico del Gran Señor en todo el territorio de su mando o del cacique en la jurisdicción que le correspondía. En este aspecto, hoy sólo se ha variado el sistema de difusión: las costumbres, por ley de atavismo,

son las mismas, aun cuando el ropaje con que se presentan sea diferente.

En algunas de estas series de retratos hemos podido comprobar el rostro del mismo individuo en diferentes edades: su juventud, cuando su rostro comienza a marcarse por los signos de la madurez, y destaca la personalidad del individuo; y el momento en que los años dejan marcadas sus huellas en profundas arrugas y completa flacidez en los músculos.

Los ejemplares repetidos exhumados en diversas tumbas prueban claramente que aquellos que se circunscribían a un solo sector o valle correspondían al “Alaec” o jefe inmediato inferior, y aquellos que se extendían en todo el territorio representaban al Gran Señor o “Cie-quich” (Figs. Nos. 204 y 205). Y estas expresiones humanas no solamente se hallan repetidas en los bustos escultóricos, sino que también se encuentran en los modelados de cuerpo entero, ya asentados sobre tronos o en otras actividades, que representan al gobernante haciendo justicia, dedicado al culto o a otros quehaceres dignos de su misión. En la figura No. 204 aparece una serie de modelados de cuerpo entero pertenecientes a los jefes mochicas, los mismos que se distinguen por su asombroso realismo y la gran riqueza de detalles que exhiben. Se refieren a un solo tipo, que se encuentra indistintamente en todos los valles.

La presencia de rostros jóvenes regiamente ataviados desperdigados en todo el ámbito mochica nos revela la existencia de los infantes herederos, quienes desde niños ya debían ser conocidos del pueblo; o bien, son gobernantes que en temprana edad asumieron el mando. En la figura No. 206 se puede ver el rostro de uno de los futuros “Cie-quiech-aen”.

Juzgamos inoficioso intentar una relación detallada de la procedencia de tan numerosas representaciones repetidas que se ofrecen a cada paso; sin embargo, es interesante anotar que todas las representaciones escultóricas relacionadas con un mismo individuo están dotadas de igual técnica de modelado y pertenecen, como se explicará en el capítulo dedicado a la cerámica, a una de las épocas del desarrollo esencial del arte alfarero. Así, vemos en la figura No. 201 huacos de asa un poco achatada y de piso largo; en la figura No. 202 el asa es alargada y proporcionada y el pico largo; en la figura No. 203 el asa es achatada, pequeña y de pico



Fig. No. 198.- Alaec con indumentaria guerrera y ostentando la joya distintiva de su categoría.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (043-004-007)



Fig. No. 199.- Jefe con un látigo –signo de autoridad– en la mano.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (033-004-005)



Fig. No. 200.- Busto retrato de un jefe. Curioso espécimen que sólo se halla en la hacienda Salamanca del valle de Chicama. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (048-003-002)



Fig. No. 201.- Bustos retratos de un solo jefe, los mismos que han sido encontrados (de izquierda a derecha) en los valles de Chicama, Virú y Santa, respectivamente.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-014; 053-004-003; 052-004-002)



Fig. No. 202.- Bustos retratos pertenecientes a un mismo jefe, los cuales han sido hallados (de izquierda a derecha) en los valles de Chicama y Santa Catalina (Santo Domingo), respectivamente.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (048-004-003; XXC-000-004)



Fig. No. 203.- Otro busto de jefe que se ha encontrado repetido, cuyos ejemplares han sido hallados en la Huaca del Sol, valle de Santa Catalina y valles de Chicama y Virú, respectivamente.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (048-006-001; 048-008-002; 048-006-003)



Fig. No. 204.- Series de esculturas que representan a un mismo jefe encontradas indistintamente en todos los valles del territorio mochica. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (035-004-007; 035-004-001; 035-006-004; 035-004-003; 035-006-007; 035-003-005; 035-006-003; 035-004-002; 035-004-009; 035-004-006; 035-004-010; y 035-004-011; 035-004-012)



Fig. No. 205.- Repetición escultórica del cuerpo de un alto jefe. Los ejemplares se encontraron también en todos los valles del mismo territorio mochica. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (033- 003-003; 033-003-004; 034-005-010; 068-003-002)



Fig. No. 206.- Busto retrato de un niño que exhibe atributos de jefe.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXD-000-D02)



Fig. No. 207.- Alto gobernante transportado en andas. En la escena aparece: la lagartija, símbolo de la servidumbre, y los pájaros, símbolo de la rapidez.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (3154)

corto y acampanulado. Esta observación es de gran interés porque nos ratifica en forma fehaciente la existencia de los gobiernos de estos grandes jefes en diferentes épocas de la vida de esta unión de tribus al mando de “régulos” o como quiera llamárseles. Más tarde, después de un estudio detenido, creemos que nos será posible precisar la época y la sucesión de las jerarquías gobernantes, teniendo en cuenta los estilos que predominan en cada una de ellas.

La presencia de representaciones escultóricas de los jefes en las tumbas demuestra el hecho de que era un verdadero privilegio para el mochica –en su concepto– ir al sepulcro acompañado de las efigies de sus señores, a fin de quedar siempre junto a ellos y poderles así rendir eterna pleitesía.

Los jefes mochicas eran gobernantes omnipotentes, y es así como disponían de las vidas de sus subordinados cuando no le imponían castigos a veces temerarios. En manos de estos grandes señores estaba concentrado el gobierno; eran ellos los que manejaban la máquina del Estado. Para ser debidamente representados en todas las agrupaciones del país, aun en las más apartadas, delegaban sus poderes en otras personas y establecían una completa jerarquía de gobernantes. Creemos, dada la modalidad de gobierno que nos ocupa, que éste se hallaba centralizado en las manos del gran jefe. En cuanto a los rostros escultóricos, cada uno circunscrito a determinada localidad, resulta, pues, la fiel

representación del jefe de la sección territorial o pueblo; se trata acaso de hombres de la familia real o allegados directos de los “Cie-quich”.

Sus usos y costumbres, felizmente, se han mantenido estampados con cierta fidelidad en las pictografías de los vasos votivos. Como se verá en las ilustraciones, habitaban espaciosos palacios desde donde impartían sus órdenes, y se instalaban en elevadas construcciones escalonadas para recibir a sus invitados o ejercer justicia. Y no solamente se limitaban a impartir órdenes desde sus palacios, sino que salían de tiempo en tiempo a recorrer el país para observar de cerca sus necesidades. Para tal empeño, cumpliendo a su vez otros generosos fines, mandaron construir gran número de espaciosos y extensos caminos, cuyos vestigios perduran. Durante sus visitas iban conducidos en lujosas andas o literas, las que eran transportadas en hombros de sus súbditos más leales y seguidas de un numeroso cortejo militar, a la vez que de mensajeros y muchedumbre (Fig. No. 207).

A más del régimen de administración política encarnaban también el poder militar. Dentro de la milicia tenía cada uno el título de Gran General, y eran ellos quienes en persona conducían sus ejércitos a la guerra, y es ésta la razón por la que siempre los encontramos luciendo sus uniformes militares (Figs. Nos. 208 y 209) y armas en las manos. En muchas escenas aparecen ellos tomando parte activa en los combates; en otras, se les ve recibiendo a los prisioneros conducidos por sus tropas,